



El tractor americano Fordson de 1922.

El viejo Fordson del 22

Recorrido por la historia de la maquinaria agrícola a través de la colección de un centenar de máquinas y utillaje de Félix Rodríguez

Texto y fotografías: **Ch. Díez**

“Para mí, este sonido es mejor que cualquier ópera”. Félix Rodríguez Castellanos, 74 años, acaba de arrancar su viejo tractor Fordson de 1922, de ruedas de hierro e inmaculada chapa gris, y se le ilumina una sonrisa socarrona que sale de sus ojos más que de sus labios. Es la joya de la colección de todo tipo de máquinas, aperos y herramientas agrícolas que va almacenando desde hace más de dos décadas en una cochera al pie del camino de Santiago, en la calle Nuestra Señora de Munilla. Dice no haber salido de estos parajes del Monte Cantabria, pero ha recorrido muchos caminos para conseguir el más de centenar de máquinas con las que se puede reconstruir la historia de la agricultura en el último siglo. Y todas funcionan.

Hoy, Félix Rodríguez no tiene las manos manchadas de grasa, ni la camisa llena de lamparones indelebles, pero se adivina que ha pasado muchas horas, días y años apegado a la llave inglesa y al torno, destornillando piezas y reconstruyendo con exquisito cuidado viejas máquinas que llegaban a su taller para el desguace. Hijo, nieto y padre de agricultores, su vida ha transcurrido entre el ir y venir de su casa en la calle Madre de Dios, donde nació, a los sembrados de cereal y las viñas del Monte Cantabria, donde mantiene la hacienda que ahora cultivan sus hijos. En apenas ese par de kilómetros que cambia un suelo hostil de alquitrán y brea por otro fértil de tierra, Félix ha sido testigo de excepción de la mudanza fisonómica de una ciudad que va asediando y, finalmente engullendo,

los terrenos de cultivos. Sobre huertas, pastos y llecas han crecido torres, chalés y parques. Mientras el Logroño urbano crece, el rural se desvanece. Pero esta es otra historia de mudanzas de las que el tiempo, inexorable, irá dejando constancia. Lo que sabe Félix y su hijo, también Félix, es que sus tierras, más temprano que tarde, correrán la misma suerte que las huertas de Madre de Dios, la carretera de El Cristo o el Camino Viejo de Alberite. Los terrenos donde hoy cultivan ya han sido recalificados.

A este agricultor jubilado parece entreterle bastante más el pasado que el futuro. Y con él recorreremos la historia de la mecánica agrícola desde los años 20 y nos damos cuenta que mientras en España todavía se labraba la tierra con arados romanos y caballerías, en América, los primeros tractores surcaban las inmensas extensiones de maizales. Mientras Félix padre cuenta “los devaneos” que le costó poner en marcha el Fordson del 22, su hijo saca de entre el centenar de aperos amontonados en el almacén un arado romano, ¡de 1925! Quiere esto decir que el tractor modelo americano fue fabricado tres años antes que el arado, aunque el primero daba pie a la revolución agraria —que en España tardaría a llegar al menos treinta años— y el segundo estaba inventado desde tiempos de los romanos.

De la verbena a la ópera

Pero volvamos a la historia del Fordson del 22. Ante el reclamo de un anuncio en una revista de maquinaria agrícola: “se vende tractor de época”, Félix debió



Félix Rodríguez, con su tractor Fordson.

pensar que era la ocasión para cumplir su sueño: “siempre decía que no se quería morir sin tener un tractor de ruedas de hierro”, dice su hijo. Así que se encaminaron a Lérida, hicieron el trato con el anticuario y volvieron a Logroño con el viejo tractor. Durante los cuatro años que han transcurrido desde la compra, han sido muchas las horas que han pasado intentando desentrañar los secretos de un motor agotado, que funciona a gasolina y que tenía mal regulado el sistema de combustión. “Han venido muchos mecánicos y no han sabido arreglarlo. Tuvimos que recurrir a un mecánico de Cenicero, de mi quinta, que al final ha conseguido ponerlo a punto. Antes lo arrancaba y hacía pom, pom, pom, parecía una verbena”, señala Félix. La vieja manivela de arranque la han sustituido por un motorcillo que, al encenderlo, hace retemplar el esqueleto del tractor como si fuera un flan de huevo, acompasado con un ruido sordo y achatarrado que a Félix, dice, le suena mejor que una ópera. Entre la verbena y la ópera, él se queda con el

sonido de su viejo Fordson del 22. Ahora toca echarlo a andar.

La afición de Félix Rodríguez a las máquinas le viene de lejos. Su padre ya era un aficionado a la mecánica y todavía conserva entre berbiquies, taladros, lámparas de carburo, metros de madera, llaves inglesas y un sinfín de utillaje, una garlopa y un martillo a escala reducida, que su padre le hizo cuando era un niño. Eran sus juguetes infantiles preferidos y, por la expresión de su rostro, parece que no han dejado de serlo a lo largo de los años.

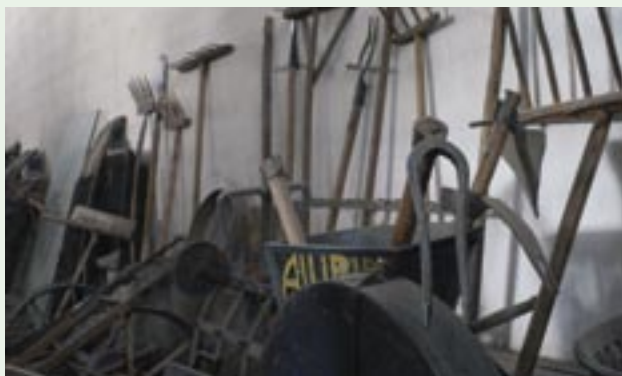
Si esta expedición en el tiempo comenzó con el viejo Fordson del 22, la siguiente parada en la que Félix se recrea con detalles sobre su funcionamiento y el avance que supuso para la agricultura es una inmensa trilladora que dio paso a las cosechadoras de cereal. Pintada en rosa y rojo, aquel mastodonte se colocaba en el centro de las eras y por su inmensa garganta iba engullendo la mies recién segada, separando en sus tripas



Arado romano.



El primer modelo de cosechadora que llegó a Logroño.



Diverso utillaje agrícola.



La colección al completo, con más de un centenar de máquinas y aperos.

la paja del grano, que caía en sacos por tres bocas situadas a unos palmos del suelo. En la panza, con caracteres dorados, está rotulada una marca: Ajuria Vitoria, imprescindible en la fabricación de maquinaria agrícola a mediados del siglo pasado. La casa Ajuria, con sede en Araya y Vitoria, era en los años 50 la mayor empresa española de maquinaria agrícola. Por entonces tenía más de mil empleados y un cupo de 1.400 toneladas de material siderúrgico. Este cupo, que para el conjunto del Estado era de 16.000 toneladas, era asignado por la Delegación Oficial del Gobierno ante las Industrias Siderúrgicas, según cuenta el profesor José Ignacio Martínez Ruiz en su estudio “La fabricación de maquinaria agrícola en la España de la posguerra” y se instauró ante las restricciones de importación que sufría la industria española. La escasez de materia prima y la carencia de oferta internacional fueron los principales frenos en el proceso de modernización tecnológica de la agricultura de posguerra. En La Rioja, en concreto, había 7 empresas que tenían en su conjunto 228 toneladas de material para fabricar máquinas para el campo, la principal: Marrodán y Rezola S.L., que en 1953 era la décima en el ranking de fabricantes con 197 empleados. De ahí, claro está, que gran parte de las que surcaban las tierras riojanas procedieran del País Vasco.

Con los sesenta llegó la motorización del campo español, la fabricación de tractores se triplicó, pero estos tractores procedían en su mayor parte de empresas extranjeras, lo que trajo consigo una fuerte crisis en la industria nacional, que se convirtió en distribuidora de los tractores importados y se limitó en la mayor parte de los casos a la fabricación de aperos agrícolas. Las principales fábricas españolas de los 50 no superaron la crisis. Como es el caso de Ajuria, que, aun reconociendo que no podían abastecer todos los pedidos, “la acusada falta de chapa”, según cuenta Martínez Ruiz en el citado trabajo, y el desconocimiento de las nuevas tendencias comerciales, además de la feroz competencia, provocó su cierre en los años 70.

De poco antes, del 65, es la cosechadora de la marca Massey Ferguson que Félix guarda como otro tesoro de la historia. No es para menos. Fue el primer modelo que llegó a Logroño: “Un adelanto terrible, prácticamente se pasó de la siega con la hoz a la cosechadora y en aquellos tiempos supuso una revolución en todos los sentidos”. La cosechadora no sólo acabó con interminables jornadas de sol a sol con la hoz y la zoqueta, sino que dejó anticuadas a trilladoras, aventadoras, trillas y segadoras. Eliminó de golpe del paisaje agrario el colorido bicolor de aquellas máquinas ancladas en las afueras de los pueblos y que sólo se ponían en funcionamiento cuando

el sol del verano empezaba a estirar sus rayos. A Félix esa cosechadora de chapa roja y cabina con parasol se la regalaron en Yécora. “El único dinero que me costó fue arreglarla. Me la dieron, en una palabra, para quitársela de en medio. Ni en la chatarra la querían”, señala. La trajeron renqueando todavía, bien de mañana, por los caminos, poniendo una nota de anacronismo en el mecanizado escenario que ahora les rodea.

Una máquina sin nombre

Hay en este almacén máquinas y útiles de todo tipo: empacadoras, cortadoras de remolacha, malacates para desfondar viña, sembradora de maíz, trillos de madera con dientes de laja, albardas de caballería, robaderas, atomizadores, picaraza para sembrar patatas, desgranadora de maíz, guadañas, gradas, celemines, arados, carros volquete de madera, entrecepas, segadora-atadora, gavilladora y un etcétera muy largo. Pero de esa lista que contiene más de cien nombres diferentes, una carece de él y es a buen seguro a la que Félix ha dedicado más horas y entusiasmo y, porqué no decirlo, más cerca de la gloria le ha colocado. Ya había hecho sus pinitos arreglando máquinas e copiando aperos de memoria, pero un día se le ocurrió que aquello de subir los comportillos a mano del suelo al remolque había que darlo por zanjado y diseñó una máquina elevadora que facilitara el trabajo. “Era una especie de tenaza acoplada al tractor que, con un hidráulico, subía el comportillo hasta el carro. ¿Patentarlo? No, no lo patenté porque al poco tiempo empezaron a emplearse los toldos y los comportillos dejaron de usarse”, relata Félix. Aunque no pasó a la historia por falta de tiempo, su viejo elevador sigue acumulando recuerdos en el almacén en el que Félix pasa los días apaciblemente, desentrañando los secretos de un motor averiado.

Félix, con la maqueta de la máquina elevadora, en su finca del Monte Cantabria.

